

## Alberto Lista: el liberal que amaba el orden

Antonio Checa

Feliz el que nunca ha visto  
más río que el de su patria  
y duerme anciano á la sombra  
do pequeñuelo jugaba.

(Alberto Lista, *La Cabaña*)

Entre los estertores de la Ilustración y el alborear del Romanticismo, Sevilla alumbra una imponente generación de escritores-periodistas de inequívoca orientación liberal, reformadores, decididos todos a cambiar la sociedad que tienen ante sí. Son años agitados, con la Guerra de la Independencia (1808-1814) y la posterior represión de Fernando VII como elementos decisivos. Esa generación, con un elevado porcentaje de periodistas-eclésiásticos, seguirá caminos muy divergentes, a veces por elección, a veces por necesidad. Unos resisten al pie del cañón, como el deán Manuel López Cepero, el redactor de *A Sevilla Libre*, que intenta la vía parlamentaria; otros optan por el exilio voluntario, como José María Blanco White, que sale de Sevilla al inicio de 1810 y ya nunca regresará a ella, y cuya principal obra periodística, *El Español*, se redactará en Londres, otros abrazan decididamente la Francia de la Revolución y luego la napoleónica y vivirán poco en Sevilla, como el abate José Marchena, y habrá los que, como Alberto Lista y Aragón, tengan una trayectoria sinuosa, contradictoria en apariencia, no siempre fácil de comprender desde nuestra perspectiva. El escritor que redacta periódicos contra los franceses invasores y se toma luego defensor de José 1, el liberal víctima de Fernando VII acaba escribiendo para sus últimos gobiernos. Quizá eso mismo los haga más atractivos, acaso más reales y humanos.

### UNA TRAYECTORIA VITAL COMPLEJA

Personaje -l o son casi todos ellos- polifacético. Escritor y periodista, pero también matemático, crítico y pedagogo. Aunque su padre se llamaba Rodríguez de Lista, sigue la costumbre, entonces muy extendida, de usar el apellido que se prefería de entre los familiares. Nace en el seno de familia humilde, de artesanos de la seda en Triana. Niño precoz, estudia Matemáticas en la cátedra de esta materia establecida por la Real Sociedad Económica Sevillana de Amigos del País (1788-1790); pocos años después se encargará de ella. En esta institución impulsará, junto con José María Blanco White, un Colegio de Humanidades, en el que ambos tuvieron destacado papel como profesores. A los quince años ejerce públicamente el profesorado; a los veinte es catedrático de Matemáticas en el Real Colegio de San Telmo y da clases también en el de San Miguel, dependiente del cabildo catedralicio. Aprende francés y, lector voraz, se familiariza con las ideas de Montesquieu o Condillac, pero también de

Bacon, Newton o Locke; es bachiller en Filosofía y luego en Teología. En 1802 ingresa en la Academia de Buenas Letras y dos años escasos después, con 28 años, se ordena sacerdote. Entre 1800 y 1808 publica numerosas obras, incluidas sus mejores poesías.

El inicio de la Guerra de la Independencia lo lleva, resulta inevitable, a la política. Es la etapa que va a marcar ya el resto de su vida. Si inicialmente se opone inequívocamente a la invasión francesa, como muestran sus trabajos cuando dirige *El Espectador sevillano*, atraído por las ideas de la revolución francesa permanece en Sevilla cuando la ocupan en enero de 1810 las tropas de José I y colabora con el rey intruso como redactor principal de la *Gazeta de Sevilla*, el más destacado órgano afrancesado en Andalucía.

Con la derrota de Napoleón y el regreso de Fernando VII sufre destierro por cuatro años en Francia, donde se mantiene impartiendo clases. Al menos, corto destierro, en comparación con la mayoría de los afrancesados. Vuelve a España en 1817, antes, pues, de la amnistía general decretada en 1820, al inicio del trienio liberal (1820-1823), pues en 1818 obtiene por oposición la cátedra de Matemáticas del Consulado de Bilbao. En 1820 comienza a escribir en periódicos madrileños y a dar clases en el Colegio de San Mateo de la ciudad. En abril de 1823 funda en Madrid la Academia del Mirto, una tertulia literaria. Pero conoce de inmediato un segundo exilio tras el final de ese trienio liberal -el colegio es cerrado en el mismo 1823 «por difundir doctrinas contrarias a la religión»-. Esta nueva expatriación forzosa le inspirará los versos *El emigrado de 1823*, que figuran entre los más duros que llegará a escribir, donde describe con fidelidad y pesimismo la triste situación de España de nuevo bajo gobierno absoluto, que ejerce su yugo sobre un pueblo tan fanático como ignorante. Pero también los avatares del trienio liberal le llevan a abominar del liberalismo exaltado. Reside entonces en Francia y realiza algún viaje a Inglaterra. Regresa definitivamente en 1833, con el final del absolutismo, con un ideario ya muy moderado y dedicado de nuevo primordialmente al periodismo. Colabora con el Duque de Rivas en la elaboración de un Plan General de Estudios, que no se llevará a la práctica por haber sido rechazado por las Cortes. En julio de 1837 consigue la cátedra de Matemáticas Superiores y de Cálculo Diferencial e Integral de la Universidad Central de Madrid. Renuncia el obispado de Astorga, que se le ofrece. Aunque recupera prestigio y se convierte en un personaje de cierto relieve en los medios liberales templados, no acaba de sentirse cómodo en Madrid y quiere desvincularse del avatar político que lo ha dominado durante un cuarto de siglo.

Lista vuelve a Andalucía en 1838, tras la caída de Mendizábal. Se afinca en Cádiz y después de ponerse al frente del Colegio San Felipe Neri se establece en 1840 en Sevilla donde se hace cargo del Colegio de San Diego, al año siguiente dirige la academia de Buenas Letras sevillana. Influye para que se cree en Sevilla la Cátedra de Matemáticas que tuviera en la Universidad Central de Madrid; se crea y la obtiene por oposición. En 1843 figura entre los más destacados anti-esparteristas de la ciudad. En 1845 se le nombra Decano de Filosofía. En 1846, Canónigo de la Catedral hispalense y en 1847 Rector interino de la Universidad de Sevilla. ocupa el sillón H de la Academia Española y es Comendador de Isabel la Católica. Muere, a edad para entonces avanzada, a punto de cumplir los 73 años, el 15 de octubre de 1848. Sus restos se encuentran en la Capilla de la Universidad, panteón de sevillanos ilustres.

## EL PERIODISTA

Hombre de su tiempo, Lista colabora intensamente en la prensa, promueve títulos, publica poesías y desarrolla su pensamiento a través de ella. Sus primeras composiciones poéticas, aún muy joven, afloran ya en el *Diario histórico y político de Sevilla* (1792-1793), aunque con seudónimo. Luego colabora intensamente en el bisemanario *Correo de Sevilla* (1803-1808), que dirige Justino Matute, donde publica poemas propios y traducciones, en especial francesas, en total no menos de 80 composiciones. En 1807 colabora asiduamente en el *Mercurio de España*, revista mensual madrileña, sobre todo con críticas de libros, y reivindica la figura de Fray Luis de León.

Su actividad se intensifica y se hace más política durante la Guerra de la Independencia. Es, de nuevo con Justino Matute, redactor de la *Gaceta ministerial de Sevilla* (junio de 1808-enero de 1809), y luego de la *Gaceta del Gobierno*, órgano de la Junta Suprema Central, antifrancesa, refugiada en Sevilla, otro bisemanario que se edita de enero de 1809 a enero de 1810, en dos etapas. También colabora en el relevante *Semanario Patriótico* de Manuel José Quintana, durante su etapa sevillana de 1809, con artículos como «La España necesita un remedio general y poderoso», una interpretación de la historia de España y desolado análisis del presente del país.

Pero sobre todo crea y dirige *El Espectador sevillano* (1809-1810), diario, liberal y antifrancés («el grito de venganza recorre toda la península», se lee en el prospecto anunciador), donde muestra su admiración por el federalismo norteamericano. Lista recibe sin duda ayuda oficial para crear el periódico, pues no hay en ese momento diario en publicación en la ciudad y goza de consideración en el seno de la Junta Central, sobre todo tras la publicación de su «Elogio histórico del Conde de Floridablanca», ex presidente de dicha Junta. Será un diario liberal, bien escrito, que comienza el 2 de octubre de 1809 y cesa el 29 de enero de 1810, con los franceses a las puertas de la ciudad. Publica en total los 119 números. Sencillo en su contenido, cuatro páginas, lo será también en sus propósitos:

Todo lo que pueda tratarse sin un prolixo examen, todo lo que consiga agradar o instruir sin un grande aparato de erudición y filosofía, todo lo que consiga contentar la curiosidad diaria del público, será objeto a propósito para este papel.

Lista ofrece un periódico con algún contenido educativo y literario, pero sobre todo político, de signo liberal, y será uno de los primeros periódicos en abogar claramente por la convocatoria de unas Cortes constituyentes en España. Reiteradamente considera a Napoleón un déspota y un usurpador y contempla la guerra española en el marco europeo: «miren los españoles la actual guerra como una lucha emprendida no solo por su libertad, sino por la de toda Europa», se puede leer en el primer número. Se trata, sin duda, de la obra periodística más personal de Lista en Sevilla durante la guerra. Aunque los temas locales sean muy secundarios en sus páginas.

La ocupación de Sevilla por los franceses, en las primeras semanas de 1810, le lleva a un giro radical, acaso la decisión más relevante de su vida: en 1810-1812 dirigirá la *Gazeta de Sevilla*, bisemanario órgano del gobierno francés.

El 1 de febrero de 1810 entran los franceses en la ciudad y se abre una nueva etapa en su prensa. Se extinguen los periódicos patrióticos, muchos escritores locales emigran a Cádiz, y el 3 de febrero asoma esa *Gazeta de Sevilla* afín a José 1. Tiene a su frente -con sueldo- a Alberto Lista y Aragón, que se ha pasado a las filas francesas desde su liberalismo, y colaboran un buen número de escritores locales, lo que ratifica que Sevilla es el primer núcleo afrancesado español, incluido Justino Matute Gaviria, buen amigo de Lista y que le sigue en el mismo cambio de posición. Lista redacta ya el amplio prospecto anunciador, donde lamenta la falta de buenos periódicos en España.

La *Gazeta de Sevilla* se mantiene en publicación hasta la última semana de agosto de 1812, por lo que publica en ese tiempo en torno a los 260 números. Tiene un formato a dos columnas, más grande que lo usual hasta entonces en la prensa local, ofrece amplia información en sus 4 páginas, crónicas incluso de Gran Bretaña o EE UU, obviamente desde la perspectiva napoleónica, y menudean las noticias sobre la América hispana en trance de emancipación. Polemiza mucho, en especial con los periódicos de Cádiz, con frecuentes apostillas en cursiva, que redacta personalmente y se hace traducir el «hombre fuerte» de la región, el mariscal Soult. El papel de Lista parece haber sido discreto en el periódico, redactor, pero poco más.

¿Qué lleva a una persona como Lista a ese giro, él que ha llamado a Napoleón aventurero y opresor y ha considerado que «jamás podremos ya hacer paces ni alianzas» con Francia? Se ha escrito mucho, desde luego, y no siempre con coincidencia en las opiniones. A la aludida importancia del núcleo afrancesado en Sevilla -el entorno de Lista-, se une desde luego que la entrada pacífica de los franceses en la ciudad, y su casi «paseo» por Andalucía en las semanas precedentes, mas los reveses españoles en 1809, dibujan un panorama bélico de incuestionable superioridad francesa, que se uniría en Lista a la admiración por la cultura del país vecino. Las necesidades económicas -se ha quedado sin trabajo tras extinguirse el seminario de San Telmo y consecuentemente su cátedra de matemáticas- y la oferta francesa acabarán por decidir al escritor a dar el paso.

Pero la *Gazeta de Sevilla*, aun siendo el más relevante periódico editado en Andalucía por el gobierno napoleónico y uno de los más importantes de los aparecidos en la España ocupada, no debió darle muchas satisfacciones a Alberto Lista, que unos meses después consigue un pequeño trabajo, el de realizar el inventario de la biblioteca y archivo del Tribunal de la Inquisición, suprimida por los franceses, pero no medra ni asciende en la administración francesa. En esos años casi abandona la literatura y se orienta más al impulso cultural, promoviendo representaciones teatrales. Otro afrancesado sevillano, Félix Reinoso, en una obra clásica en descargo del grupo -«Examen de los delitos de infidelidad a la patria»- resalta el estricto control de Soult sobre la publicación -que confirman otras referencias- y el papel relativamente secundario de Alberto Lista, pero éste en cualquier caso es ya un afrancesado y cuando a finales de agosto de 1812 los ejércitos napoleónicos abandonen la ciudad, él tendrá que iniciar el exilio.

Sólo tras el triunfo de Rafael de Riego en Las Cabezas de San Juan y el restablecimiento de un régimen liberal vuelve al periodismo, en Madrid. En 1820-1822 es uno de los redactores de la revista político-literaria *El Censor*, de las mejores de su tiempo, donde defiende a los

afrancesados, lo que hará también en las columnas de *El Imparcial* (1821-1822), órganos ambos fundados por antiguos afrancesados.

En *El Censor*, un semanario que organiza el editor -y exiliado- León Amarita, Alberto Lista lleva los contenidos literarios y la política internacional, pero los artículos más polémicos y satíricos los redacta Sebastián de Miñano. El primer número asoma el 5 de agosto de 1820, sábado. Se publicará durante 102 semanas (López Tabar, 2001: 224-238). Lista, que trabajaba discretamente de profesor en el Colegio Santiago de Bilbao, marcha a Madrid para trabajar en el nuevo periódico. Este ofrece 80 páginas de promedio, un contenido muy generoso para la época, y admite suscripciones en una veintena de ciudades españolas. Es una coyuntura feliz en su vida. Un año después confiesa en carta a un amigo, Fernando Blanco: «mi vida no ha recibido más variación que la de haberla convertido profesor de matemáticas en colaborador de un periódico que pasa por el mejor de todos entre la gente que sabe leer. Al principio gritaron contra él los mismos que en el día lo aplauden"(De la Fuente Ballesteros, 1987:438).

El primer párrafo del prospecto anunciando la salida del semanario, advierte:

Las personas que se han reunido para componer y redactar este periódico no se han propuesto aumentar inútilmente el número de los que ya existen, llenándole con frivolidades, copiando literalmente las actas del Gobierno y los discursos de los Diputados en las sesiones de las Cortes, traduciendo largos párrafos de los periódicos extranjeros, y dando noticia de sucesos indiferentes. Su ánimo es ilustrar y rectificar la opinión pública sobre el grande objeto que hoy ocupa la atención de todos los Españoles, y tiene en expectativa a las demás naciones cultas, es decir, renovación política de España.

Aunque diario, *El Imparcial* viene a ser complemento, mucho más formativo y menos teorizante, de *El Censor*; tiene prácticamente los mismos redactores, pero está dirigido por Javier de Burgos, y tendrá vida más corta. Comienza el 10 de septiembre de 1821 y cesa en julio de 1822. No llega, pues, al año. Los dos periódicos abogan por una conciliación de los distintos sectores del liberalismo. Pero será precisamente la constatación de su imposibilidad y sobre todo la actitud en 1822 de los sectores más exaltados del liberalismo lo que motive el inicio del giro de Lista hacia la moderación.

Durante el segundo exilio redacta en Francia la *Gaceta de Bayona*, 1828-1830, donde se evidencia esa evolución hacia el moderantismo. Su liberalismo se va suavizando -el periódico está subvencionado por Fernando VII- y la moderación se acentúa con los acontecimientos europeos, sobre todo franceses.

La *Gaceta de Bayona* se edita desde el 3 de octubre de 1828 a agosto 1830, cuando -alarmado por el brote revolucionario en Francia- el gobierno ordena la suspensión inmediata de la publicación y prohíbe la introducción de impresos franceses. El periódico fue mal recibido en la península, sobre todo por los absolutistas, alarmados por el avance de los afrancesados en el entorno del rey, pero también por los sectores liberales avanzados, conscientes del moderantismo dominante en el grupo. Los apostólicos lanzaron incluso un periódico opuesto, el *Courrier de Bayonne et de la Peninsule* (López Tabar, 2001: 323-332). Lista, que ya en 1827 había presentado al gobierno -donde cuenta con apoyos, el sevillano y afrancesado Félix

Reinoso, por ejemplo, redacta la *Gaceta de Madrid* desde ese año- un «Plan de un periódico español que debe publicarse en Francia», entre otros objetivos para mejorar la imagen del gobierno español y neutralizar la propaganda de los liberales exaltados en el exilio. En el prospecto anunciador, obra de Lista, éste subraya su deseo de prestar especial atención a «los progresos de la economía» y lo justifica:

La nación española, guerrera por necesidad y altiva por la elevación de sus sentimientos, nunca ha sido estimulada al trabajo. La nación española, ingeniosa por naturaleza, ha descuidado los estudios útiles /.../ Una sabia administración que remueve los obstáculos y abre los caminos de la industria, la paz interior que la fomenta, la ilustración que ilustra y dirige, son la curación radical de esta dolencia inveterada.

Al servicio igualmente de los últimos gobiernos, tímidamente liberalizantes, de Fernando VII residirá algún tiempo en San Sebastián como redactor principal de *La Estafeta de San Sebastián* (noviembre de 1830-julio 1831), un bisemanario liberal templado, que se vende en toda España -incluidas librerías de cuatro ciudades andaluzas, Cádiz, Granada, Málaga y Sevilla-, una excepción en las postrimerías del reinado del Deseado. En este periódico Lista evidenciará claramente esa evolución de su pensamiento hacia un liberalismo muy moderado. En el prospecto anunciador acusa:

Todo indica la falta de una buena educación moral en Europa: á la cual puede aplicarse lo que decía Catón de los romanos de su tiempo: hemos perdido los verdaderos nombres de las cosas. La intervención continua de las masas, la apelación diaria á la soberanía popular que no es otra cosa sino la usurpación de las parcialidades contra el gobierno; la decisión, por la fuerza ciega, de todas las cuestiones de interés público: los movimientos embravecidos de la plebe: los ambiciosos, que la seducen y sobornan, puestos detrás de la cortina para aprovecharse de sus agitaciones: las guerras civiles provocadas, acaso sin más fin que el de ganar un 5 por 100 en algunos fondos públicos, anuncian el olvido absoluto de todo principio de orden, de toda máxima de estabilidad, de todo amor del sosiego. Es imposible que Europa subsista en una situación tan violenta, útil quizá al poderío é influencia efímera de algunos hombres; pero incompatible con la prosperidad del comercio, con los adelantamientos de la industria, con la perfección del espíritu humano.

Lista tiene tanto en esta etapa como antes en la del trienio liberal un estrecho colaborador, Sebastián de Miñano (Becerril de Campos, Palencia, 1779-Madrid, 1845), otro sacerdote-periodista, muy peculiar, residente en Sevilla desde 1799, es el único miembro del cabildo catedralicio de Sevilla que no acata a José I—y sufre 42 días de cárcel-, pero que luego en 1814, cuando se consuma la derrota francesa, el exilio de personas como Lista y el regreso del absolutismo, dará un giro y conocerá también el exilio. Tienen desde 1814 una evolución ideológica muy similar y juntos redactarán -y es difícil distinguir autorías en tantos trabajos no firmados- en *El Censor*, *El Imparcial*, la *Gaceta de Bayona* y la *Estafeta de San Sebastián*. Miñano redactará en estos años, entre 1826 y 1829, un ambicioso «Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal» (once tomos).

A Lista le queda una pensión oficial, tras el cierre de la Estafeta, de la que vive de forma austera, como siempre, hasta que en 1833, ya plenamente instalado en España, pasa a dirigir la *Gaceta de Madrid* —que desde el 1 de abril de 1834 es diario-, lo hará hasta junio de 1837, y funda también *La Estrella* (octubre de 1833-febrero de 1834), diario donde defiende a Isabel II frente a los carlistas, y sobre todo a la Reina gobernadora, María Cristina de Borbón.

Lista es nombrado director de la *Gaceta de Madrid* en enero de 1833, en vida, pues, de Fernando Vil, sucede a Pedro de La Hoz, por renuncia de éste. Lista ha gestionado el cargo con el malagueño Cea Bermúdez, jefe de gobierno desde octubre de 1832, que inicia una apertura a los liberales ante el estallido del conflicto con los legitimistas. Poco queda, por entonces, del antiguo afrancesado y liberal radical. Es curioso que a los pocos días Lista pida al gobierno que autorice la entrada en España de su biblioteca, en tierras francesas, pidiendo que, aunque cree que ninguna obra de su propiedad está prohibida, «se temple algún tanto la severidad de las leyes sobre introducción de libros extranjeros» (Martínez Torrón, 1991: 141). En octubre de ese año, según un informe del propio Lista, la *Gaceta de Madrid* tiene un director, que, cobra 24.000 reales de sueldo —anual-, dos redactores y dos auxiliares. Lista pide refuerzos, pues de los redactores uno es muy vago y nada ayuda y uno de los auxiliares es «apostólico», es decir, enfrentado a Fernando VII, y además muy ignorante. Y propone reformas para que el periódico gane en contenido y sea eficaz para los intereses del gobierno y pierda en burocracia. Con Lista al frente, la *Gaceta* se orienta a allanar el camino para la transición a un liberalismo templado.

Hay un desdoblamiento del periodista en esta decisiva coyuntura que se abre en España tras la muerte de Fernando VII. Si en la *Gaceta* Lista escribe y teoriza poco, en *La Estrella* desplegará su pensamiento y su estrategia. El periódico sale a las pocas semanas de la muerte del rey, con un objetivo nítido de desbrozar el camino para la futura reina y así lo reconoce cuando en el último número, de 26 de febrero de 1834, hace balance:

Todas las doctrinas de *La Estrella* han sido favorables al orden, y por consiguiente a la libertad. Ha proclamado todos los principios que establecen el derecho al trono de nuestra Soberana Isabel II, y la autoridad de la Regencia en su augusta Madre. Ha manifestado las intenciones, los recursos y el sistema político de la facción que disputa la soberanía a la excelsa hija de Fernando VII: ha demostrado que no pertenecen ya a este siglo las máximas del gobierno teocrático, y que un sacerdote faccioso es un enemigo, o quizás más, de la religión que del estado.

Un liberalismo de orden, el que ya defenderá hasta su muerte. En 1838 colabora esporádicamente con la *Revista de Madrid*, revista moderada donde colaboran asimismo un Martínez de la Rosa o un Alcalá Galiano. A su regreso a Andalucía, con más de sesenta años, no faltarán colaboraciones, pero ya más esporádicas y mucho menos políticas, en medios como *El Tiempo*, de Cádiz, o *La Alhambra*, de Granada, donde en 1841 publica «De la poesía considerada como ciencia».

## EL ESCRITOR Y EL PEDAGOGO

Aunque nos interese aquí sobre todo su faceta periodística, no hay que olvidar las otras, como las de matemático, profesor o crítico, y sobre todo las de escritor y pedagogo, que además en él están bien entrelazadas, pues como hemos visto utiliza la prensa con harta

frecuencia para insertar textos literarios o desarrollar sus ideas pedagógicas. Lista es, sin duda, el poeta más importante de la Sevilla de principios del siglo XIX. Las composiciones que aparecen en las páginas del *Correo de Sevilla* muestran un poeta clásico, en la estela de Meléndez Valdés, con sus idilios, romances (*La cabaña*, de cierto contenido autobiográfico) y sonetos (*Mis primeros amores*). Se percibe la influencia de Virgilio y Horacio, traduce a Petrarca y acusa asimismo su huella. Evoluciona del clasicismo a un romanticismo muy templado, y a su vez influye en la siguiente generación, Espronceda, Ventura de la Vega. Menudean los temas religiosos: La muerte de Jesús, La Concepción de Nuestra Señora, El Sacrificio de la Esposa o El cántico del Esposo, que evoca el Cantar de los Cantares. Su ideal literario lo condensa en algún momento en la frase «Pensar como Rioja y escribir como Calderón». Es buen traductor, tanto de obras literarias como históricas -la historia es otra de sus pasiones- y buen —aunque controvertido- crítico, como muestra en el curso que imparte en 1836 en el Ateneo de Madrid —«Unas lecciones de literatura española»- o en sus «Ensayos literarios y críticos» (1844), compuestos sobre todo por sus colaboraciones en *El Tiempo*, de Cádiz. Su obra más popular es, quizá, la oda «A la muerte de Jesús», otra oda muestra un título significativo sobre su talante, «A la tolerancia». Muchas poesías las firma con el seudónimo de Anfriso, y en 1822 publica una antología de ellas —«Poesías»-, siempre elegantes, aunque algo amaneradas, como el «Himno del desgraciado». No falta alguna composición de tono patriótico, como «A la victoria de Bailén». Interesado también por el teatro, traduce a Moliere —una versión suya de «El enfermo de aprensión» se estrena en Sevilla en enero de 1812- y escribe obras como «Catilina», drama clásico, o *La Rufina*, comedia. Su ingreso en 1802 en la Academia de Buenas Letras sevillanas versa sobre «La moral del drama».

Su larga vida y su afán crítico le permite analizar con perspectiva las corrientes clásicas del XVIII y el romanticismo, que no considera opuestos, aunque lamente en muchos de los románticos «el empeño en resucitar en la Europa actual el odio contra los reyes, los sacerdotes y las virtudes» (Sánchez Llama, 2000). Es terminante su desdén por gran parte del romanticismo francés expresado en dos artículos publicados en *La Estrella* en enero de 1834. En el primero de ellos, «Sobre el estado de la literatura en Francia», escribe:

Eso es lo que observamos en nuestros días. Los espectáculos dramáticos reducidos a cuadros inconexos; la decencia y la moral holladas en las descripciones de amores adúlteros y de malvados que se esfuerza el autor en hacer interesantes; el lenguaje furibundo; la naturaleza, en fin, sacada de quicio, esto es lo que ahora se llama romanticismos. Tenemos mucha lástima a los que se complacen en sus producciones, porque ese placer anuncia no sólo la perversidad del gusto, sino también la degradación de los sentimientos morales. Si hay, pues, alguna poesía romántica buena, no es la que en el día se entiende por tal (18 de enero de 1834).

Relevante e innovadora es su labor como pedagogo. Su concepto de la educación lo sintetiza en uno de sus discursos: «facilitar el completo desarrollo de las facultades del hombre, sin olvidar las unas en detrimento de las demás» (1838). Se propone conjugar el desarrollo humanístico con el científico en los planes de enseñanza que desarrolla en los colegios donde ejerce y sobre los que, con frecuencia, teoriza en la prensa. Como educador, en su programa, que dejó elaborado en un plan de enseñanza, se aprecia su concepción moderna y científica de la educación. Se distingue con claridad una formación física, otra intelectual y



otra moral, además de considerar muy importante el trazar las bases para asegurar la aparición de buenos científicos y técnicos que harían desarrollar el comercio y la industria dentro de la sociedad. Es patente la influencia de Rousseau en sus ideas pedagógicas, visible hasta en sus poesías —«La bondad natural al hombre», titula una de ellas- y se le puede considerar el máximo impulsor de los estudios medios de su tiempo. Escribió obras dedicadas a la enseñanza como sus «Elementos de Historia Antigua» (Sevilla, 1844). No faltan trabajos donde reflexiona en torno la educación: «Sobre la importancia de los establecimientos literarios que promueve la Sociedad Económica» (1803) o «Discurso filosófico sobre el influjo de las Matemáticas en el progreso de todos los conocimientos» (1805). A su vuelta a Andalucía pronunció numerosos discursos educativos, como el leído con ocasión de la apertura del Colegio de San Felipe Neri en Cádiz, en octubre de 1838, el de 1845 en el Colegio San Diego de Sevilla, o el discurso inaugural del curso en la Universidad de Sevilla de ese mismo año, discursos referidos a distintos campos de la enseñanza, que en conjunto constituyen todo un modelo de teoría educativa. Influye también en una generación de pedagogos andaluces, como el gaditano Eduardo Benoit.

Publicó varios libros sobre matemáticas orientados a su enseñanza, todos en una coyuntura muy concreta: cuando imparte clases de matemáticas en Bilbao y Madrid. Durante su estancia en la ciudad vasca imprime, de su bolsillo, un «Tratado de Álgebra» y un «Tratado general de Geometría», ambos en 1919; luego, en la imprenta madrileña de León Amarita, la de *El Censor*, publicará «Elementos de Matemáticas puras y mixtas» (1823).